Con su guitarra, de Erasmus en Granada //Rd
26 oct 2015 a 17 jun 2016

1- **La primera tarde**

Apareció en otoño, una tarde gris y fría. Sentada frente a la Alhambra, cerca del río Darro, en el empedrado al comienzo de la calle Zafra, envuelta en un abrigo blanco y rojo y con una guitarra apoyada en su rodillas. Se acurrucaba en sí, pulsaba con delicadeza las cuerdas de esta guitarra, miraba a los turistas que por la calle iban y venían y agradecía al que le dejaba alguna moneda. Su cuerpo era pequeño, cara de tez blanca y algo delgada. Se le veía joven aunque aparentaba más de veinte años, con el pelo recogido en dos pequeñas trenzas color castaño claro y en su sonrisa dejaba traslucir cierta ilusión en no se sabía qué. Miraba como desorientada y algo insegura. Su compostura, en este original rincón de granada, era humilde, como quien desconoce todo, cultura, lugares y personas.

Pero el rincón de esta pequeña calle Zafra, en la carrera del Darro, frente a la Alhambra y en la gris tarde de otoño, se veía singularmente hermoso. Romántico, algo misterioso y muy lleno de ternura con la presencia de esta muchacha arrancando de las cuerdas de su guitarra, delicadas melodías. Muy pocos se fijaban en ella aunque sí les sorprendía su fina belleza y la música que interpretaba. Pero él, hombre mayor, de estatura baja, cuerpo delgado y expresión en su rostro algo melancólica, sí se paró. Bajaba desde el Paseo de los Tristes, se acercaba a la iglesia de San Pedro y hasta sus oídos llegó los sonidos de la guitarra. La melodía le resultaba conocida. Era el famoso y muy romántico tema de El Padrino. Bastante sorprendido, miró y la vio. Como acurrucada al comienzo de la calle, muy concentrada en lo que hacía, dibujando una muy sencilla imagen joven, algo triste, delicada y muy amable. Casi parado se quedó el hombre, con sus ojos clavados en ella y luego caminó unos pasos. Justo a la altura de la iglesia de San Pedro, se detuvo de nuevo. Frente a la joven, procurando que no advirtiera su presencia ni que tampoco descubriera que la observaba. Las melodías que de la cuerda de la guitarra sacaba, vibraban en su corazón y la delicadeza de su joven presencia, le transportaba a una realidad poética, romántica y literaria.

Cerró los ojos y en esta actitud, concentrado y gustando los sonidos que del instrumento salían, estuvo un buen rato. Luego, se movió lentamente hacia la joven, la saludó con timidez, dejó unas monedas sobre la funda de la guitarra extendida en el pavimento y ella dijo:
- ¡Gracias!
Notó enseguida que su acento era extranjero, algo que ya había intuido. Porque después de muchas tardes pasando por este rincón de Granada, a lo largo de todas las estaciones del calendario y durante muchos años, por primera vez veía a esta muchacha por aquí. Le preguntó:
- ¿Cuándo te marchas?
Y ella, interrumpiendo momentáneamente el punteo en la guitarra, miró al hombre que tenía enfrente y aclaró:
- Hace solo unos días que vivo en Granada. Soy de Rusia, estudio hebreo en la universidad, el curso pasado estuve en Roma y a esta ciudad volveré al terminar el curso universitario que empieza. Aun conozco muy poco de esta ciudad, nada de los pueblos y menos de otras ciudades de España. ¿Por qué me preguntas que cuándo me marcho?
Y el hombre, como refrenando el deseo de explicarle lo que había sentido al verla y al saber ahora lo que la joven le había aclarado, dijo:
- De Rusia, conocí hace unos años, a varios jóvenes universitarios. Viví bonitas y positivas experiencias y cuando se marcharon, me dejaron un recuerdo muy grato.
- Pues me alegro.
Dijo sin más la joven. Pero ¿por qué me has preguntado que cuando me marcho?

No respondió a esta pregunta que por segunda vez le formulaba la joven. Pero sí, pasados unos segundos, confesó:
- No todos los días ni meses ni años, se ven jóvenes muchachas interpretando melodías hermosas en este lugar de Granada. Puede que ya hayas descubierto que este sitio, por donde un río muy claro conocido por el nombre de Darro, corre armonioso a los pies de la Alhambra, es único en el mundo. En ningún sitio del planeta tierra, hay montañas tan altas y con tanta nieve como las que se alzan al fondo de la Alhambra. No existe un palacio tan original, viejo y con los tonos del sol al ponerse, dibujando fantasías sobre torres y murallas. Oír sonidos de guitarra, melodías dulces y delicadas arrancadas de las cuerdas de este instrumento por los dedos de una mano joven y blanca como la tuya, solo puede suceder en sueños.
Y la muchacha, un poco sorprendida y, quizá por no haber comprendido exactamente lo que el hombre decía, preguntó:
- ¿Por qué dices lo que acabo de oír?
- Me gustaría explicártelo despacio y con detalles para que lo entiendas bien. Pero pienso que ahora mismo ni tú podrías escucharme concentrada ni yo acertaría con las palabras correctas.
- Pero, y es la tercera vez que te lo pregunto ¿Por qué tu interés en saber cuándo me marcho?
- Ya sé que acabas de llegar a Granada y por eso nuevamente de doy la bienvenida.

Guardó silencio el hombre durante unos segundos sin dejar de observar a la joven que tocaba, lentamente y con gran sentimiento, sacando hermosas melodías de las cuerdas de su guitarra. Dijo a continuación:
- Al verte y oír la música que interpretas, enseguida he sentido el deseo de sujetar en el tiempo este momento. Sujetarlo para mantenerlo eterno, con la misma luz, frescura y misterio que ahora mismo todo por aquí refleja.

2- Dos de los últimos diez días

Últimos 8 días

El miércoles día 8, le dijo:
- Ya solo me quedan ocho días para irme de Granada. Ayer hice el examen, creo que me ha salido bien y hoy, voy a estudiar todo el día. Necesito dinero, porque nada tengo y por eso mañana por la tarde, ya jueves, voy a tocar la guitarra en el Paseo de los Tristes. Porque si el viernes día diez, vamos a la montaña a ver cabras montesas, solo me queda el sábado y domingo para tocar la guitarra y ganar algo de dinero. De verdad que lo necesito para mi vuelta a Roma, viaje en autobús, comida y estancia. Mi familia no puede darme ni un solo euro.

El hombre le dio una pequeña bolsa, como cada día. Le dijo:
- Aquí tienes un poco de carne de pollo, otro tupper con tres filetes rusos, fruta y cerezas.
Le preguntó ella:
- ¿Nos vemos el jueves, mañana por la tarde, en Plaza Nueva?
- A las cuatro, como todos los días, yo paso por allí. Nos encontramos a esta hora, vamos y compramos la comida para la ruta del viernes por la mañana y luego nos acercamos a recoger los libros.
- Yo me iré a la Carrera del Darro, un par de horas antes. En este tiempo tocaré la guitarra y luego, a las cuatro, vamos a donde dices. Tengo muchas ganas de ver nuestro libro. ¿Ha quedado bonito?
- Creo que habrá quedado muy bonito. A las seis de este jueves día nueve, me han dicho que ya lo tienen terminado.

Jueves día 9 de junio

A las cuatro, se acercaba a Plaza Nueva. El sol quemaba con mucha fuerza. Las noticias anunciaban para este día, más de cuarenta grados en Granada. Caminaba el hombre despacio con su mochila gris a las espaldas. Dentro, como cada día, llevaba dos pequeños tupper, uno con carne con tomate y otro, con tres trozos de tortilla. También como cada día, frutas, cerezas, unas manzanas, nísperos y zumo de naranja. Como otros muchos días, se decía: “Si no tiene ni siquiera un euro, nada podrá comprar para comer. La sigo viendo delgada y, en apariencias, débil y seguro que será por esto: porque no se alimenta bien”.

Salió del calle Elvira, vio enseguida al frente y en lo alto, la Torre de la Vela y se disponía atravesar Plaza Nueva cuando, al mirar para la iglesia de Santa Ana, la vio. Notó enseguida que ella la saludaba desde la distancia. Correspondió a este saludo y, al encontrarse, le regaló el abrazo tierno y prolongado de otros días. Pero hoy, enseguida le preocupó la delgadez de su rostro y la palidez que en su cara mostraba. Nada dijo él de esto pero ella al instante comentó:
- Me pasa algo.
- ¿Te sientes mal?
- Estoy como mareada, tengo un fuerte dolor persistente por encima de los ojos y por debajo de los oídos. Y, además, de pronto me siento débil. Desde la garganta para abajo y todo el pecho, siento como una fuerte opresión y un calor intenso.
- Calor sí hace hoy, y más, a estas horas de la tarde. El termómetro marca ahora mismo cuarenta y dos grados al sol.

Dijo él:
- Aquí en la mochila traigo trozos de sandía, cerezas y otras cosas. Sentémonos en un banco de estos y come algo.
Rápido se defendió:
- Ahora mismo no puedo probar nada. Ya he bebido mucha agua y es lo único que me apetece. Estoy sin fuerzas. Y, además, ni siquiera he intentado tocar la guitarra. La calle está por completo solitaria.
- Hoy jueves y con este calor, no es día de turistas.
- Pero cuando salí de mi casa hace un rato, me sentía bien y ahora, por momentos me noto sin fuerzas.

No insistió él en que comiera algo. Sí la invitó a seguir caminando dirección al Corte Inglés. Le aclaró:
- Compramos ahí la comida para la excursión de mañana a la montaña y luego cogemos el autobús para ir a por tus libros.
Sin quejarse, se agarró ella a su brazo y casi en silencio, continuaron. Cruzaron Gran Vía, siguieron por Reyes Católicos y al llegar a la Plaza del Carmen, ella preguntó:
- ¿Si cruzamos por esa calle del teatro adelantamos?
- Podemos hacerlo pero ya ves que por ese lado no hay sombra.

- Es que no puedo con mi cuerpo.

Cruzaron calle Recogida, avanzaron y, frente al Corte Inglés, de nuevo cruzaron y entraron en el edificio. Se quejó ella:
- Quiero aire fresco y descansar.
Preguntó él:
- ¿Tomamos un té y en la cafetería te sientas a ver si con el aire fresco de este local te alivias?
- Solo quiero descansar porque no tengo fuerzas y me arde el pecho.
Subieron a la cafetería, buscaron una mesa junto a la ventana, trajeron el té y ella, con pocas ganas, intentó beber.
- No puedo. Está caliente y yo ardo de calor.
Se quejó.
- ¿Quieres hielo?
- ¿Se pueden?
- Claro.
- Yo voy a por él.

Se levantó, pidió el hielo, puso dos trozos en el vaso de té, intentó beber pero desistió. No se quejó pero si dijo:
- He pensado que, el año que viene no porque tengo que estudiar en la Universidad de Roma pero al próximo año, podría regresar a Granada para terminar mi grado. ¿Qué te parece?
Reflexionó él y luego opinó:
- Pienso que eres tú la que debes tomar la decisión que creas mejor.
Guardó silencio un minuto y luego preguntó:
- ¿Puedo ir al baño?
- Claro.

Mudo esperó a que regresara mientras observaba la taza con el té y los dos cubitos de hielo. Solo un par de sorbos había tomado. Regresó y al mirar, notó que por el rostro, le chorreaba el agua y también por el pecho y parte del vestido. Para sí, él se dijo: “Sin duda que debe sentir mucho calor y por eso intenta refrescarse con puñados de agua”. Nada comentó con ella. Abandonaron la sala de la cafetería, bajaron las escaleras y entrada en la parte del mercado. Repitió él:
- Aquí compramos los alimentos para la excursión de mañana a la montaña.
Comentó ella:
- Me gustaría mucho ver cabras monteses pero si continúo tan débil como me encuentro ahora mismo ¿crees que podemos realizar esta excursión?
- Puede que pase el cansancio que ahora mismo notas. Hoy, como estás apreciando, hace mucho calor y tu organismo a la mejor lo está acusando.

Unos metros antes de entrar en la planta del mercado, ella retrasó sus pasos, se paró en la baranda de la escalera y casi suplicó:
- No puedo ni ver alimentos. Entra tu, compra lo que quieras y yo te espero aquí.
- Pero mi deseo es que elijas tú algo de lo que luego mañana llevaremos a la montaña.
- No, por favor. Te espero aquí. Me siento sin fuerza ninguna.

Y entonces, le propuso regresar sin comprar nada. Lo aprobó ella, subieron unas escaleras, salieron del centro y al pisar la calle, de nuevo ella comento:
- Ve tú a recoger los libros y yo te espero aquí.
Rápido pensó que no era buena idea dejarla sola en la calle con el gran calor que en ese momento hacía.
- Me siento de verdad, sin fuerzas, muy acalorada, con un dolor en la cabeza y mareada.

Vio al frente la farmacia, le propuso entrar para comprobar su tensión y ella lo aprobó. Cruzaron la calle, entraron a la farmacia, echó una moneda en la máquina y el aparato se puso en marcha. Pesó su cuerpo, medió la tensión, cogió el ticket y en él leyó: “Máxima, 10,8. Mínima, 5,5”. La joven de la farmacia dijo:
- Tienes la tensión un poco baja pero no es demasiado.
Salieron de la farmacia y él de nuevo le propuso:
- Si cogemos aquí mismo el autobús nos deja justo donde tenemos que recoger los libros. ¿Tienes fuerzas?
- Solo quiero aire fresco, sentarme o acostarme y no hacer nada de esfuerzo.
- Es corto el recorrido del autobús y asiento tienes.
- ¿Y se puede parar en caso de que no pueda más?
- Claro que sí.
- Es que siento mucha nausea.

En la misma puerta del centro comercial, cogieron el autobús. En uno de los primeros asientos a la izquierda, ella se sentó al tiempo que comentaba:

- Siéntate tú ahí frente a mí para que pueda poner los pies y estar más cómoda. Noto algo de alivio con los pies estirados.
En este asiento frente a ella, puso él la guitarra y la mochila donde, como otros días, portada fruta y algo de comida para dársela. Recorrió el autobús la calle Reyes Católicos, Gran Vía y al final de Avenida de la Constitución, se bajaron. Aclaró él:
- aquí cerca está el sitio donde tenemos que recoger tus libros. Se lamentó ella:
- Siento como si por momentos las fuerzas me abandonaran. Ni levantarme de aquí puedo.

Le ayudó, bajaron del autobús, caminaron solo unos metros como de regreso y al ver la puerta, anunció él:
- Aquí es.
Con poco ánimo, comentó ella:
- Este mi primer libro y estoy ilusionada como una niña. Pero ahora mismo aunque me gustaría estar animada, no puedo.
- Pues ya estamos aquí.
Entraron al local, al verlo, la joven que aquí atiende, llamó al muchacho que se encarga de confeccionar los libros. Apareció éste, cogió la bolsa que había cerca del mostrador y anunció:
- Aquí está el libro.

En formato a6 y, dentro de la gran bolsa de plástico, encontraron los 24 ejemplares. Enseguida ella cogió uno, lo observó unos segundos en sus manos y exclamó:
- Nuestro libro, mi primer libro.
En la portada, a todo color, se veía muy bien impreso el dibujo que unos días antes había hecho su madre. Una princesa elegantemente vestida de rojo que quedaba coronada por un semicírculo de letras donde se podía leer: “Yo soy la princesa de los zapatillos son rojos”. En la parte de abajo del dibujo, se veía el nombre y apellido de ella. Abrió el libro y apareció la primera página en blanco, en la siguiente, aparecía de nuevo el título, su nombre, la dedicatoria y la página de agradecimientos. En la página cuatro, se veía el copyright y un breve índice. En la página cinco, comenzaba el texto de este original relato. En total 17000 palabras distribuidas 245 pequeños capítulos y 124 páginas. La contraportada, mostraba otro dibujo de la madre: dos zapatos de mujer en color rojo sobre la cuna de una bella nube y el dibujo de un camachuelo. En la parte de debajo de esta página, un pequeño texto en verde que decía: “Una romántica, poética y, al mismo tiempo, hermosa historia de amor”.

Con desgana y dejando ver en su rostro cansancio y palidez, al observar la ilustración de la contraportada, comentó:
- Mi madre ha dibujado un camachuelo casi perfecto. Rojo, negro y blanco que son los colores que realmente resaltan en la sábana de nieve que en invierno cubre la estepa de mi país.
Imaginó él, una vez más, la escena de esta estepa rusa, cubierta por la nieve del invierno y de estas aves, camachuelo común, sobre los arbustos también cubiertos de nieve. En este momento, día caluroso en Granada y muy lejos de su mundo y los suyos, solo por unos segundos inspeccionó el pequeño librito. Como ausente, lo deja en la bolsa, se desliza por el frontal del mostrador y casi se desploma en el pavimento. Al ver la escena, pensó él que realmente le faltaban las fuerzas. Intentó darle ánimo diciendo:
- Vamos, cogemos el autobús y te acompaño hasta tu casa.
- No me tengo de pie.
Se cogió del brazo de él, salieron del local, caminaron despacio hacia la parada del autobús pero al volver la esquina, de nuevo se dejó caer en el escalón de la entrada a una tienda. Comentó él:
- Paro el primer taxi que por aquí pase.

Mira y no ve ninguno. La observa y ve como, poco a poco, se retira del escalón y deja que su cuerpo se derrame por el pavimento de la calle. Justo en este momento, una mujer no muy mayor, se para frente al escalón, saca unas llaves y abre la puerta. Intuye él que esta mujer es la dueña del establecimiento. Antes de abrir, ella mira a la joven y le pregunta:
- ¿Quieres un vaso de agua?
Aclara él:
- Ya se lo he ofrecido yo y parece que ni para esto tiene fuerzas.
- ¿Y si llamamos a una ambulancia?
Movió ella su cabeza indicando que no. Aprovechó él para preguntarle:
- ¿Te apetece un poco de agua fresca? Afirma con su cabeza. Le pide él a la mujer que la atienda un momento. Se acerca al pequeño supermercado que hay en la esquina, entra y de una nevera, coge una botella de medio litro de agua Solán de de Cabra. Paga y rápido, sale. Recorre los metros que le separan de ella y al verla de nuevo, la descubre aun más estirada sobre el pavimento. Le da el agua, con poca energía bebé un pequeño trago. Descubre que un taxi libre se acerca. Le pide que pare, la anima y sube. Se acuesta en el último asiento y él le indica al taxista que los lleve al lugar donde vive ella.

Solo diez minutos después, el taxi para justo en la plaza Carniceros, comienzo de la calle Pages en el Albaicín. Con dificultad sale ella del taxi, paga el hombre, coge la bolsa con los libros y la mochila y

comienzan a cruzar la plata, dirección a cuesta Alhacaba pero por una estrecha calle. Sin pronunciar palabra ella se sujeta al brazo de él como sí necesitará un punto de apoyo para sostenerse y poder caminar. En tres minutos, ya están en la puerta donde vive, una bonita casa en el mismo corazón del barrio del Albaicín y toda muy bien blanqueada. Después de casi un año, por primera vez él tiene información de este lugar y al verlo ahora, se alegra porque descubre que el edificio está en muy buenas condiciones y resulta bonito. Recuerda que un día le dijo:
- En esta casa vivimos ocho jóvenes, todos estudiantes y cada uno de un país distinto. Solo dos chicas, una colombiana y yo y lo demás son chicos.

Nada más llegar, en el mismo escalón de la puerta, de nuevo intenta acostarse en el suelo. De su pequeño bolso de cuero verde pero muy deteriorado, saca las llaves y se las da. Él abre, la ayuda con la bolsa de libros, de su mochila saca lo que para ella trae, se sitúa en el primer escalón de la escalera y aquí deja todo. La anima comentando:
- Bebe, come bien, descansa y ya verás como las fuerzas vuelven a tu cuerpo.
Alza su cabeza, lo mira con expresión triste y apagada y se atreve a preguntar:
- ¿Y si no mejoro?
Enseguida pensó que ella de alguna manera preguntaba por la posibilidad de que un médico la reconociera. Le preguntó:
- ¿Tienes seguro medico?
Sabía que en todos los estudiantes universitarios extranjeros, esta documentación es obligatoria. Apenada confirmó:
- No.
- De todos modos, descansa y toma líquidos. Creo que tú debilidad es pasajera. Hoy hace mucho calor.

La abrazó con ternura, la despidió, cerró ella la puerta y el hombre comenzó a bajar por la calle Cuesta Alhacaba. Triste también por la debilidad que veía en la joven. Por eso, mientras continuaba bajando, para sí pensó: “Esta hermosa muchacha, tan enferma ahora mismo, tan lejos de su de su familia, casa y en un país extranjero, debe estar pasándolo mal realmente. Es pobre porque apenas algunos euros consigue tocando su guitarra, no tiene papeles para recibir asistencia médica, vive en una habitación muy pequeña, en estos días ha estudiado mucho porque ha tenido varios exámenes y se marcha de esta ciudad y país dentro de unas horas. Su situación es de verdad pobre y desvalida.

Me gustaría darle todo lo que en este momento necesita: apoyo, cariño limpio y estar a su lado para que no se sienta sola ahora que las fuerzas le han abandonado. Y sobre todo, debería darle las cuatro cosas materiales de las que carece y en estos momentos necesita más que otras veces: alimentos sencillos pero buenos para que recupere fuerzas, apoyo emocional porque en estos días ya final de su estancia en esta ciudad y país, lo necesita también más que nunca. Creo que ella necesita todo esto para sentir la paz, relajarse un poco y liberarse de las preocupaciones que ahora la agobian. Todo esto y algunas cosas más debería hacer por ella porque estoy seguro que lo está pidiendo a gritos”.

Con estas reflexiones y otras parecidas, recorrió el hombre la inclinada calle. Al final, torció para la derecha, dejó atrás la calle Real de Cartuja y poco después, entró a su casa. Procuró olvidar lo vivido para así no agobiarse, sabiendo que de nada servía a ella y un poco antes de acostarse, vio el siguiente mensaje: “Ahora, un poco mejor. Todavía sigo en cama con mucho calor, aunque bebo agua. Sabes, hoy sin ti, no sé qué hubiera hecho. Gracias, siempre gracias. El libro es un regalo muy especial. Mi primer libro”. Con esta información y apenado, el hombre se metió en la cama. Al poco, pensando en ella, tuvo un sueño:

3- El sueño
Viernes día 10 de junio

Al despertarse por la mañana, antes de que saliera el sol, su primer pensamiento fue para ella. En el acebo bajo su ventana, se oía el canto del mirlo y eso le hizo pensar, las veces que ella le había hablado de este ave:
- ¿Cómo se llama?
Le preguntó un día. Le dijo su nombre y entonces añadió:
- Mirlo negro, lo voy a llamar yo.
Y, pasado un tiempo, al ver este ave revoloteando por las riberas del rio Darro, del Genil y Fuente del Avellano, también comentaba:
- En el jardín que hay en la casa frente a la ventana de mi habitación, desde hace tiempo, todas las mañanas se pone a cantar un mirlo. Me gusta mucho porque en nada se parece a los camachuelos de la estepa rusa. Son rojos, blancos y negros y se ven preciosos cuando todo el paisaje está cubierto por la nieve.

Esto recordó nada más despertarse motivado por el canto del mirlo y rápido, recordó que el día anterior la debilidad se la comía en silencio. Cogió el móvil y miró. Vio un breve mensaje: “No mejoro. Me siento mal”. Y rápido pensó: “Ayer, aquí en Granada, los termómetros alcanzaron cuarenta y dos grados de temperatura. A las cuatro, ella apareció en Plaza Nueva. Sin duda que en su país, de ninguna manera

sufren nunca estas temperaturas. La debilidad y el malestar que en general siente quizás se deba a un golpe de calor. Si no la reconoce algún médico puede que incluso sufra deshidratación o tenga otras complicaciones".

Después de esta reflexión, rápido el hombre le pidió que preparara su pasaporte y carnet de alumno de la Universidad. Sabía que no poseía ningún seguro médico que pudiera usar en la sanidad de este país.
- En dos minutos estoy ahí con un taxi.
Le dijo.
- Te espero donde ayer, Plaza Carniceros.
- Vale.
Y sin más, el hombre se puso en acción, llamo un taxi, en unos minutos recorrieron la distancia y al llegar, labio tenga el lugar acurrucada. Su cara se veía pálida, su cuerpo se veía descuidado y hasta se reflejaba en sus ojos, pena y sufrimiento.

La saludó, le pidió que se acomodara en el asiento de atrás y en tres minutos ya estaban en la urgencia del hospital. Rápidos le atendieron, tomándole los datos y fotocopiando el pasaporte y carnet de estudiante, aclarando la persona que atendía:
- Si no tienes seguro médico, necesitamos una dirección donde luego pasarán el cargo de esta consulta.
Dio el hombre su dirección y la persona que atendía, le entregó una ficha doble, paciente y acompañante con una pulsera de plástico donde estaba impresa el nombre de ella.
- Pasad a la sala y esperad a que os llamen.

La sala, una amplia estancia con asiento de plástico en hilera, estaba repleta de gente. En uno de estos asientos, se acomodó ella y pidió permiso para estirar los pies.
- Me duele el estómago y me siento húmeda.
Se quejó. Luego preguntó:
- ¿Tenemos que esperar mucho?
- Creo que no.
Dijo él inseguro. Por los altavoces se oía, a intervalos bastantes, el nombre de alguna de las personas que en la sala esperaban. En menos de minuto y medio, se oyó su nombre y apellido, muy confuso y mal pronunciado. Débilmente dijo ella:
- Soy yo.
La animó él para que se levantara al tiempo que también le pedía que no estuviera preocupada.
- Todo estará bien, ya lo verás.
Recorrieron un corto pasillo, llegaron a una puerta que abierta, dejaba ver a una enfermera dentro. Saludó y le preguntó:
- ¿Qué te pasa a ti?

Brevemente explicó su malestar mientras la enfermera le pedía que tomara asiento. Cogió un aparato para medir la tensión, luego la temperatura y después le advirtió que iba a tomarle una pequeña muestra de sangre.
- Dame el dedo y no te asustes porque esto no duele nada.
Pero en su cara, ojos y labios, ella me mostró una visible expresión de miedo y dolor presentido.
- Ya está.
Aclaro la enfermera.
- ¿Cómo?
Preguntó ella sorprendida.
- Si no he notado nada.
- Ya te dije que no ibas a dolerte.
- Pues en Rusia no es así. Con una especie de cuchillas fina, te hacen una herida y luego te abren un poco para coger la sangre. Duele pero mucho.

Nada comentó la enfermera. Tomó nota en su ordenador y al poco aclaró:
- La temperatura, es normal. Solo tienes unas décimas de fiebre. La tensión, también la tienes bien y en tu sangre, no aparece síntomas de anemia. Así que anímate.
Pidió la enfermera que saliera y que esperara en la sala hasta que el médico la llamara. Solo tres minutos después, se oyó de nuevo su nombre por el altavoz y el número de despacho.
- ¿Soy yo?
Preguntó al que le acompañaba. Confirmó con un sí con su cabeza, la animó y acompañó hacia el despacho donde la llamaban. Recorrieron un corto pasillo, vieron la puerta y él número, llamaron y dentro se oyó:
- Pasad.

Saludaron al entrar y un poco parada se quedó ella al ver a los que la recibía, dos jóvenes que con mucha amabilidad, uno de ellos, le pidió que se sentara al tiempo que le preguntó:
- ¿Cuéntame qué es lo que te pasa?

Animada, narró brevemente su dolencia y al terminar, el joven médico escribió en la pantalla del ordenador. Luego le anunció que le iba a tomar las pulsaciones del corazón.
- Siéntate en esta camilla y relájate.
Exploró su corazón, boca y garganta y a continuación su vientre. Unos instantes después volvió a comentar:
- En principio, está todo bien.
El compañero del joven médico, en todo momento observaba y se mantenía en silencio. El hombre que le acompañaba, preguntó:
- El malestar y mareos que ha tenido ¿puede deberse a un pequeño golpe de calor?
Respondió el joven médico:
- Parece que no.
- ¿Entonces?
- Todo indica un aumento de tensión. ¿Has estado preocupada por algo?
Y ella:
- Muy en tensión por los estudios y exámenes que he tenido y aún tengo.
- Es normal que ese esfuerzo y preocupación, cree en ti ahora mismo la tensión que tienes.

Nada comentó el hombre pero sí cayó en la cuenta que dentro de unos días, se marchaba para siempre de esta ciudad. Pensó que, sin duda, también esta despedida de sitios, amigos, vivencias, la tendrían preocupada. Y también pensó que una de las cosas que probablemente le tendría muy preocupada, serían sus escasos recursos económicos. Porque el hombre sabía que ella no tenía más ingresos que lo de su pequeña beca Erasmo y las cuatro monedas que los turistas le regalaban cuando en la calle se ponía a tocar la guitarra. Y a sólo unos días de su marcha de esta ciudad, ella necesitaba algo de dinero. Gastos de autobús al aeropuerto, billete de avión a Roma, comida en estos días y horas de viaje, llegada a Roma y estancia allí, gastos de papeles para preparar su próximo curso.

El joven médico, término la exploración. De nuevo escribió en la pantalla del ordenador y al poco, recogió de la impresora dos folios escritos por una sola cara. Se los dio la joven aclarando:
- El malestar que experimentas, pasará en unos días. Nada de importancia padeces.
- Gracias
Dijo ella. El hombre despidió a los dos jóvenes que la habían atendido, agradeciendo también y abandonaron la estancia. Algo animada caminaba ella bajando la rampa de entrada al edificio y con las dos hojas escritas en la mano. En una de estas hojas se podía leer el tratamiento que le había prescrito: un jarabe para en casos de náuseas y analgésicos. En la otra hoja, se reflejaba el pequeño diagnóstico de su malestar.

Muy brevemente comento ella: “faringe, no irritación, no secreciones, no ganglios. Tonos rítmicos sin soplo. Abdomen, blanco, no doloroso. Dada la estabilidad de la paciente, se procede al alta, con tratamiento y recomendaciones”. Comentó:
- No sabía yo que el estrés fuera tan malo.
- Lo importante es que tu malestar no es por cosas graves.

En la misma puerta del hospital, tomaron un taxi. En la farmacia recogieron lo que el médico le había recetado y se dirigieron al centro comercial. Ya había pensado comprarle algunos alimentos y bebidas. Pero ella, a sólo unos metros de la entrada de este establecimiento, retrasó un poco sus pasos y dijo:
- En este banco me siento y aquí te espero. Sigo sin fuerzas y sin ganas de ver comida.
Intentó animarla pero no lo consiguió. La dejó en el banco, entró al centro, rápido cogió los alimentos y bebidas que le parecieron mejores para ella en estos momentos, pagó y salió.

Al pisar la calle, rápido miro y la descubrió en el banco, pero tumbada como si ahora ya de verdad le hubieran fallado todas las fuerzas. Con la bolsa de lo que había comprado en la mano, se acercó a ella. Le dio ánimo y le dijo:
- Solo algunas cosas he comprado para que ahora mismo, comas algo. Tienes que recuperar fuerzas porque será lo que de verdad puede servirte para mejorar.
Protestó:
- No puedo comer nada en estos momentos.
- Pues debes hacer un esfuerzo.

Y sin más, el hombre abrió una botella de bebida, se la ofreció pidiéndole que tomara algunos tragos. Con desgana, bebió suavemente y despacio y luego se lamentó. Como si protestara. Razonó él la necesidad de que comiera y bebiera un poco más. Nada consiguió. No insistió por temor. Sí, cogiendo la bolsa con lo que había comprado, aclaró:
- Sé que te faltan las fuerzas y ahora mismo el calor es agobiante. Vamos.
Tomaron un taxi y mientras recorrían las calles hacia el rincón donde ella tenía su vivienda, él pensó: “Además del malestar físico que real parece, creo que espiritualmente también lo estará pasando mal. A lo largo del tiempo que ha vivido en esta ciudad, ha debido meter en su corazón, personas, cosas,

vivencias y emociones. Ahora siente que dentro de unos días debe marcharse y el dolor de tener que romper con todo y quizá para siempre, seguro que es para ella un muy amargo trago. Pensará en su futuro y con la necesidad de recursos materiales que tiene y la incertidumbre de lo que puede ocurrir el próximo curso, le atormenta".

En la pequeña plaza empedrada, les dejo el taxi. Avanzaron por la estrecha calle y a solo a un par de metros, la abrazó en la misma puerta de su casa. Con calor, ternura y delicadeza, sintiendo realmente su fragilidad y las limitaciones en su vida y momento. Le entregó la bolsa con la compra recordándole:
- Come bien, toma líquido y descansa. Deja tu mente en blanco y aparca las preocupaciones.
- Gracias por todo, de corazón. Sin ti no sé qué podría haber hecho.

Sábado 11 de junio

A primera hora de la mañana, recibió el siguiente mensaje: "¿Cómo estás? Yo ayer estuve todo el día en casa. Salí solo por la noche, a las ocho para tocar la guitarra. Me dijiste que no saliera antes para evitar el calor. Respecto a lo de mi estómago, es que todavía no quiero comer aunque me siento bien. He tomado casi todo el acuario. Hoy, como siempre, intento estar en casa trabajando en cuero y estudiando un poco. Por la noche salgo sobre las ocho o así. ¿Mañana nos vemos en el café nuestro? Solo si es posible un poco más tarde. Así por la mañana me concentro bien estudiando un poco más".

Con cierto alivio el hombre leyó este mensaje. Pero en ese momento, no sabía explicarse por qué en su corazón, sentía como un vacío. Un vacío helado que llenaba su corazón y cuerpo de una extraña tristeza. Se dijo: "Dentro de unos días se marcha y ahora mismo tengo miedo. Es tan pobre, la descubro tan desvalida y con tanta necesidad de amor, techo, comida y respeto, que tengo miedo. ¿A dónde irá y qué será de ella cuando dentro de unos días se marche? Ya he descubierto que es inteligente, muy inteligente. Su corazón está lleno de bellos sueños y ansía abrazos sinceros. ¿Quién se los dará con el respeto y sinceridad que realmente espera y necesita? ¿Con quién se encontrará y de qué modo la tratarán? Es romántica, amante de la belleza, de la libertad, de la música y de la poesía. ¿Qué será de ella en ese lugar al que dentro de unos días se irá?" y rezó el hombre a lo largo de un buen rato. Mientras las meditaba en su corazón y el deseo de protegerla le crecía dentro, observando triste el paisaje a través de los cristales de su ventana.

Sólo unos días antes, una mañana a primera hora, quedaron en encontrarse para corregir el cuento que ella había escrito en español. Un relato largo, con una estructura bastante complicada, muy romántico y poético y que había redactado íntegro en español. Le habló de este escrito una tarde al encontrarla tocando la guitarra en la Carrera del Darro. Al verlo, detuvo ella su interpretación con la guitarra, le ofreció un sincero abrazo y casi al instante anunció:
- Ayer terminé de escribir el cuento.
- No sabía que escribieras. Me gustaría leer este cuento tuyo.
- Te lo mando esta noche misma. Porque además, me gustaría que revisara un poco la ortografía y gramática. Mi español no es muy bueno.
- Claro que lo hago y con gusto. Será una interesante experiencia para mí.

Y aquella misma noche, el hombre recibió el texto de su cuento. Lo primero que leyó fue el título: "Entre la nieve y el desierto". Se preguntó: "¿De dónde habrá sacado este título? Lo de la nieve lo puedo entender pero y ¿el desierto?" Siguió leyendo y enseguida descubrió su poco dominio tanto del castellano como de la ortografía, gramática y estructura del relato. Pero continuó leyendo y tampoco tardó mucho en descubrir la belleza y profundidad de los sentimientos en lo que había escrito. Había dividido ella el relato en muchos pequeños capítulos, casi como versos aunque en prosa o párrafos cortos. Pero le empezó a gustar lo que contaba de su mundo de nieve y los sueños en su corazón. En especial, su vivencia como estudiante universitaria, encuentro y descubrimiento de la cultura y personas de otros lugares.

Y algo que, al poco de comenzar en la lectura de relato intuyó, fue la posibilidad de un título diferente. Enseguida le dio forma en su mente: "Yo soy la princesa de los zapatitos son rojos". Por la fuerza y belleza que el personaje de 'la princesa' mostraba en su relato. Pensó: "Lo comentaré luego con ella y le diré que este título, además de resumir bastante bien el relato, su cuento, es más entendible por las personas y esto puede animar a leer la historia. Y según ella esté conforme o no, que decida en libertad hacer una cosa".

Terminó de leer su cuento, tomó algunas notas y puso en claro lo que iba a comentarle en cuanto de nuevo la viera. Se encontró con ella al día siguiente al caer la tarde. A las cuatro en punto, avanzó él por la Carrera del Darro y antes de llegar a Lavadero Cuesta de San Inés, la vio ahí mismo sentada. Como siempre, sentada en el empedrado de esta calle, con sus pies encogidos, la guitarra entre sus manos, con sus dedos pulsando las cuerdas de la guitarra, la cabeza agachada, un buen mechón de su dorado melena, colgando sobre la guitarra en sus rodillas y un sencillo pañuelo rojo, sujetando su pelo en la parte alta de la cabeza. En el suelo, delante de ella y sobre el viejo empedrado, se veía extendida la funda de la guitarra y sobre ella, unas cuantas monedas de poco valor.

Una muy sencilla y a la vez romántica y bella imagen en este rincón de Granada, junto al río y frente al Alhambra. Y más poética y literaria le parecía al hombre esta imagen porque ella era joven, muy hermosa, blanca y suave la piel de su rostro, manos y brazos y dulce su expresión y sonrisa. Potenciaba con fuerza y claridad esta poética imagen, la hermosísima música que arrancaba a las cuerdas de la guitarra. Música clásica de famosos compositores y delicadamente interpretada. De aquí que el hombre se sintiera Tan entusiasmado y, de alguna manera, ilusionado, con el descubrimiento y ahora trato con esta joven.

Con su mochila acuestas, se acercó a ella, la saludó como otras veces, con un tierno y limpio abrazo y al instante descubrió que ella era feliz.
- ¿Cómo te van las cosas?
Le preguntó.
- Llevo aquí casi tres horas tocando la guitarra y, en todo este tiempo, sólo unas cuantas monedas pequeñas me han dado. Y estaba triste, cuando de pronto, se ha acercado un hombre y, sobre la funda de mi guitarra, ha dejado diez euros.
- ¡Qué bien!
- Claro y además, cada día me doy más cuenta que las personas aquí en Granada, son más generosas que en Roma. Cuando el año pasado tocaba en las calles de esta ciudad, había veces que apenas un par de euros sacaba. Me gusta Granada, este rincón junto al río Darro y frente a la Alhambra y me gusta el Albaicín, donde vivo. Cuando me vaya al país de las nieves, donde la luz es escasa y el sol aún más, siempre voy a estar acordándome de esto que por aquí estoy viviendo y he conociendo.
- Lo entiendo.
Dijo sin más el hombre.

Y en ese mismo momento, un pequeño ramalazo de tristeza recorrió todas las fibras de su corazón. Sintió en ese momento como si ya estuviera viviendo en extraños momentos de soledad. Como si de alguna manera, intuyera lo que iba a ocurrir el día que por aquí ya no estuviera. Porque también él, estaba viviendo como en un sueño con la presencia, contactos, intercambios y ratos de comunicación con esta joven. Por eso a punto estuvo de comentar: “Cuando te vayas, cuando tú ya no estés en Granada, también para mí van a ser las cosas muy extrañas. Seguiré viniendo cada tarde por este rincón de Granada porque amo y ya tengo muy dentro de mi corazón, todo lo que por aquí veo, encuentro y siento. Antes de conocerte, este rincón era para mí un trozo de vida cada tarde. Ahora que te he conocido, a lo largo de este curso universitario que se acaba, este lugar ha sido un sueño decorado con tu presencia, la luz de tu cara y ojos y la música de tu guitarra.

Algo que ni siquiera en relatos o poesía, puede ser más hermoso. Lo he sentido así cada día y ahora que ya presiento tu marcha, esta realidad golpea en mi corazón con mucha fuerza. Presiento lo mucho que te voy a echar de menos, cuando ya no estés, al pasar por aquí cada tarde. Caminaré despacio, como lo hago ahora y al acercarme a esta calle y a las dos donde cerca de la iglesia has tocado guitarra, desearé verte. Como ha sucedido en estos días de atrás. Y al mirar y no encontrarte ni oír los sonidos de tu guitarra, sé que la tristeza se me acumulará en el corazón. Y temo que esto será aún más triste, en las calurosas tardes del verano que se acercan. Porque al contrario que a ti, el verano no me gusta nada y menos las mortecinas tardes, ardientes y traspasadas de los agobiantes cantos de chicharra”.

Descolgó el hombre la mochila de sus espaldas, de uno de los bolsillos laterales cogió la botella llena de zumo de naranja recién exprimida y se lo ofreció aclarando:
- Bebe un poco, hidrata tu cuerpo, alimenta tu mente y alma y no te preocupes tanto.
Simplemente ella comento:
- Gracias, siempre me cuidas y esto lo valoro mucho. También lo voy a echar de menos cuando me marche de esta ciudad.
- Pero siempre que puedas, acepta que las cosas en esta vida son así. Hay que luchar para conseguir metas y alcanzar lo necesario para la vida pero teniendo en cuenta que en ocasiones las cosas no salen como las soñamos y necesitamos. Y tú eres luchadora y fuerte. Posees talento y en tu alma hay sensibilidad y gusto por lo bello. Solo esto ya es un gran tesoro.
- Lo entiendo.

La gente, muchos turistas y personas residentes en el barrio del Albaicín, pasaban calle arriba y calle abajo sin fijarse nada en ellos. El río, se veía a sus espaldas y en lo alto de la colina, se alzaban mudas las torres y murallas de la Alhambra. Un cuadro muy hermoso y los dos eran conscientes de ello. Preguntó ella:
- Te mandé el texto de mi cuento. ¿Lo has leído?
- Lo he visto, despacio lo he leído y me ha gustado mucho.
- Me dijiste que podrían corregir los errores que haya en este cuento mío.

- Y mantengo mi palabra. Te repito que encuentro muchas cosas buenas en lo que has escrito. Hay conceptos muy profundos, pensamientos e imágenes poéticas muy bellas y en todo el texto, se captan realidades muy concretas, humanas, momentos alegres, ilusionantes, tristes y dolorosos.
- ¿Y te animas entonces al corregir este cuento mío?
- Me animo y quiero pero antes, necesito contarte algo.

Miró en este momento el hombre fijamente a la joven y notó que en su rostro se dibujaba una clara expresión de suspense. Miró ella a su vez fijamente al hombre y le preguntó:
- ¿Qué es lo que quieres decirme?
- Que la corrección de tu texto yo lo encuentro muy delicado por la cantidad de conceptos, sentimientos filosóficos y poéticos que expresas.
- ¿Entonces?
- Necesito de tu ayuda para que así antes en de cambiar por mi cuenta algo, tú veas y apruebes o no si es necesario. Mis correcciones pueden cambiar cosas fundamentales en tu escrito.
- Pues me parece bien. ¿Cómo lo hacemos?

Le propuso el hombre verse de vez en cuando para así los dos juntos ver cada detalle de su escrito y añadir o quitar lo que fuera necesario.
- Estoy de acuerdo contigo.
Confirmó ella y añadió:
- Es que este cuento es muy importante para mí.
- Pues cuando tú quieras y tengas tiempo, comenzamos con esto que estamos acordando. Porque también he pensado, si al final logramos una creación limpia y lo más perfecta posible, convertir este cuento tuyo en un pequeño libro.
- ¿Un libro, mi primer libro? ¿Podemos hacerlo?
- Se puede y me gustaría mucho como un pequeño y original regalo de mi parte para ti. Te repito que el relato de tu cuento me gusta.

Meditó ella algo y luego preguntó:
- ¿Tendremos tiempo?
Enseguida adivino él que estaba pensando en la fecha en que se marcharía de esta ciudad. Le dijo:
- Si trabajamos bien y constante, creo que tendremos tiempo. ¿Qué día te marchas?
- Justo el quince de junio. Exactamente dentro de mes y medio. Mañana mismo, si tú quieres y tienes tiempo, nos ponemos manos a la obra.
- Mañana mismo empezamos.
- ¿Dónde nos encontramos?

Después de unos segundos en silencio y reflexionando como buscando una buena respuesta, él digo:
- Podemos vernos en tu facultad, si a ti te viene bien y lo crees conveniente.
No tardó en responder:
- De acuerdo pero en la biblioteca será difícil trabajar. Mi ordenador no tiene batería y en ese recinto no podemos hablar.
- ¿Qué te parece en la cafetería de la facultad en el edificio histórico?
- Me parece perfecto. A los dos nos coge cerca y una facultad siempre es un buen recinto para corregir mi escrito.

A las diez, al día siguiente, se vieron en el lugar acordado. En la primera mesa de la sala de la cafetería, se pusieron y durante varias horas, trabajaron leyendo, copiando y dando forma al más corrector castellano al texto de su cuento. Muy entusiasmada ella porque, poco a poco, empezó a ver resultados muy satisfactorio. Y por eso, de vez en cuando comentaba:
- Es muy importante para mí lo que estamos haciendo.
- Creo que sí por lo que me dice el texto que has escrito.
- Le di forma en poco tiempo. Pero ya le he quitado muchas cosas. Ahora quedará perfecto.
- Me gustaría que así fuera.

A partir de este día, dos o tres veces por semana, quedaban, se encontraban y echaban un buen rato de trabajo en este mismo sitio. Los del lugar los fueron conociendo y ella comenzó a llamar a este rincón 'nuestra cafetería'.

Lunes 13 de junio

Durmió el hombre muy relajado a lo largo de toda la noche sin dejar de tenerla presente antes de coger el sueño. La preocupación de que su malestar fuera grave, algo había desaparecido y esto lo animaba. No olvidaba que tan solo quedaban unas horas para su marcha de esta ciudad y tenía muy presente que si se recuperaba de su dolencia, la despedida, el viaje y la llegada al negro territorio, iría mucho mejor.

También le animaba lo que en su breve mensaje del día anterior, ella había anunciado: “Nos vemos mañana a las diez y media en nuestra cafetería”. El pensamiento de este nuevo encuentro le llenaba de ilusión. Por eso, a la hora fijada, ya la estaba esperando al día siguiente por la mañana. En la misma puerta de la facultad del viejo edificio. Tenía consigo una mochila gris la misma que bastantes tardes había portado al encontrarse con ella, llevando dentro especialmente un pequeño ordenador que usaba para corregir los textos de su cuento. También algún pequeño presente que deseaba entregarle: fruta fresca y de calidad, zumo de naranja exprimido, romero con el que ella hacía infusiones y otros alimentos.

Y aunque ella no se lo había dicho, sabía y esto le dolía mucho que era pobre. El poco dinero de que disponía, eran los cuatros monedas que los turistas le daban al pasar y verla tocando la guitarra. Y por esto entendía que ni para comprar alimentos le alcanzaba. Y sin embargo, su responsabilidad con los estudios y comportamiento digno para con el hombre, resultado ejemplar. Con frecuencia se decía: “Tan joven, tan lejos de los suyos y su país, donde a muy pocas personas conoce y con tantas dificultades para el conocimiento de otro idioma distinto al suyo, tanto carecer hasta de las cosas esenciales y que se le vea tan fuerte en lucha tan dura.

Soltó por un momento su mochila en el escalón de la fuente a la entrada del edificio y se puso a esperarla. Paseando despacio de acá para allá y mirando a intervalos con la ilusión de verla llegar. Y mientras la espera, dibuja en su mente el recorrido que cada día hacía para ir a la facultad, desde la casa en que vive. Al salir de esta casa, hay una pequeña plaza. A la izquierda, se abre una muy estrecha y corta calle que enseguida termina en otra plaza algo más grande. Al atravesarla, su recorrido tuerce para la izquierda y, a sólo unos metros, gira a la derecha para avanzar por la carretera. Unos trescientos metros más arriba, el camino abandona la carretera y gira a la izquierda para bajar, muy inclinado y en recorrido corto, hasta salir a los espacios del campus. Se encuentra en seguida con su facultad. Pero como la cafetería donde quedan para revisar el texto de su relato, está en la facultad del edificio viejo, tiene que entrar por la puerta principal de su facultad, recorrer un largo pasillo y salir por la puerta que da al edificio viejo. Por aquí, ella recorre varios caminillo de tierra bordeados de rosales y plantas aromáticas, surca la sombra de un viejo almez y dos o tres acacia y ya comienza a recorrer la acera de la fachada del edificio viejo.

Desde donde la espera paseando despacio, en cuanto ella pisa la acera del edificio viejo, la ve. Solo su cabeza y su cara y con esto es suficiente para que su corazón se alegre. Solo verla aparecer, siente como si el alma se le llenará de vida, de luz, de gozo. Por eso, mientras ahora esta mañana espera su llegada y mira entusiasmado para verla aparecer, reflexiona y se dice: “Desde que la conozco, siempre que hemos quedado para ir a hacer algo, nunca faltó. Siempre se ha presentado y justo a la hora acordada. Me sentí y me siento satisfecho que esto haya sido así. Dice de ella mucho y todo positivo. Por eso pienso que hoy, ahora mismo y ya la última vez que nos encontramos en este lugar, tampoco va a fallar”.

Martes día 14 de junio

A primera hora de la mañana, diez y media de este jueves frío y algo nublado, el hombre la recuerda. Sentado en el banco que hay cerca de su facultad y frente al césped, mira para el barrio del Albaicín y sabe que ya no está aquí. Tampoco en Granada. Ayer por la tarde, su último día en esta ciudad y cuando se despedía de sus lugares favoritos, le dijo:

- A las ocho de la mañana, sale el autobús que me llevará a Málaga. Me levantaré a las siete y, acompañada de mi compañera de piso, cogeré un taxi. A las dos, tomo mi avión para Roma. Llegaré allí sobre las cuatro y luego me hospedaré en casa de un amigo. En Roma, voy a prepararme para un examen que tengo. Luego, buscaré trabajo y si las cosas no me van bien, iré a Rusia, mi país, para pasar los meses de julio y agosto con mi familia. El próximo curso, quiero seguir estudiando porque tengo que terminar mi carrera. Pero voy a hacer todo lo posible para volver a Granada. Me gusta esta ciudad y las experiencias que he vivido, han sido para mí muy interesantes.

En estos momentos de la mañana y sentado en su banco del césped, recuerda estas palabras suyas y la imagina ya en el aeropuerto. A punto de tomar el avión y cruzar la península. En su corazón el hombre siente tristeza porque la echa en falta. Como en forma de oración, susurra: “Sé que dentro de unos días, ya me habré acostumbrado a tu lejanía. Por experiencia conozco que el tiempo borra muchas cosas, que se apagan los sentimientos y desaparece la tristeza y añoranza. Pero ahora mismo, me duele tu ausencia, siento el vacío y me encuentro como si me faltará un poco la vida en el alma.

A lo largo del tiempo que he compartido contigo, recibí de ti mucho cariño, ofreciste mucho respeto y he aprendido hermosas e interesantes cosas. Cosas nunca antes vividas por mí y esto me deja de ti un tesoro muy importante. Eres inteligente, culta, muy amante de lo bello y te quedas en las personas, tocas con belleza y sentimiento la guitarra, sabes escribir con profundidad tus sentimientos, sueños y experiencias y te gusta la sinceridad en el corazón de las personas. Todo esto y tu sensibilidad, me has dejado como regalo y te lo agradezco. Mi corazón hoy es algo más amable, tiene un trozo más de cielo y alaba a Dios con más fe, gracias a los que en ti he visto y he podido gustar.

De aquí que en este momento y, creo que durante algunos días más, me sentiré triste y notaré mucho tu ausencia. Y más me sucederá esto cuando ahora por las tardes recorra el Paseo de los Tristes. Al pasar por la primera calle donde te he visto muchas veces tocando la guitarra, Lavadero y Cuesta de San Ginés, miraré y no te veré ahí. Sentada como en las tardes de invierno, tocando la guitarra, envuelta en tu abrigo rojo, recogido tú dorado pelo con tu singular pañuelo ruso también rojo y arrancando con tus miradas y blancos dedos, hermosas notas a las cuerdas de la guitarra. Siguiendo esta Carrera del Darro, frente a la iglesia de San Pedro, tampoco te veré, cuando al pasar mire. Fue aquí donde te vi por primera vez, aquella fría tarde de otoño, te saludé, sin saber quién eras y te comportaste con mucha amabilidad conmigo.

Ninguno de los dos llegamos a imaginar lo que a lo largo de este curso universitario, ha ocurrido. Todo muy hermoso, muy singular, poético, artístico y de valor eterno. Por eso ahora es natural que me duela tu marcha. Pero, en estos días ya con mis años, soy capaz de entender que la vida de los humanos, es así. Ni siquiera lo más hermoso y noble, dura siempre. Todo nace, crece, se desarrolla y alcanza su fin. Es una ley universal que de ningún modo comprendemos ni llegaremos nunca a modelar a nuestro gusto. De aquí que también piense que lo que ha ocurrido contigo aquí en Granada, tenía, debe ser así. Lo que importa, en todo esto y otras muchas cosas y más si son hermosas como esta, es que haya quedado recogido en algún lugar donde la bondad y la hermosura permanecerá para siempre. En el corazón de Dios, del cielo, de la eternidad. Porque la belleza, el amor, la bondad y lo bueno, debe ser imperecedero. Trascender siempre el espacio tiempo y la putrefacción de la materia.

Viernes 17 de junio
Hoy de nuevo, a primera hora de la mañana, él llega al banco. El asiento que hay por detrás de su facultad y junto al montículo donde, además de césped, también pusieron árboles y crece un buen castaño de India. La sombra de este árbol se proyecta sobre el asiento y esto hace que el sitio sea agradable, tranquilo, muy relajante y, siente él, que muy cerca de donde la joven estudió y pasó muchas horas tanto en clase como en la biblioteca. Sentimiento que le alimenta cuando esta mañana ya la imagina ausente. El día se presenta fresco, sin nube alguna en el cielo, muy transparente todo y como esperando.

Con ella en su mente, se susurra en el alma: “Ya no estás y sí te imagino ahora mismo, en Roma, ciudad a la que te has ido. ¿Cómo resultó tu viaje, la llegada a esta ciudad y encuentro con los amigos? ¿Te alcanzó la comida que preparaste para el viaje y tus primeros momentos en Roma? Recuerdo que te dije, como en forma de consejo y algo bueno para ti: cuatro cosas importantes, estudiar, tocar la guitarra, escribir y alimentarte bien. Pienso especialmente en esto último porque sé que vosotros los jóvenes estudiantes, casi nunca os alimentáis bien siendo esto una de las cosas más necesarias e importantes.

A partir de hoy, como he dejado de verte y te imagino lejos, voy a parar de recoger escrito lo que vaya sintiendo estos días. No quiero repetir las cosas porque tengo claro que todo tiene un punto y final. Lo importante es que lo vivido y ya dejado atrás, haya sido sincero, bueno y elevado. Si ha sido así, estoy convencido que en algún lugar del universo, está recogido para toda la eternidad. Y lo tuyo, lo considero en esta categoría. Así que nada siento perdido ni ahora ni nunca. De alguna manera, has puesto tu granito de arena para que la belleza, sinceridad y amor en este mundo, sea un poco más sólido aunque ni siquiera se sepa.

Esta tarde, como todos los días antes de conocerte, durante el tiempo que has estado en Granada y espero que por mucho tiempo más, recorreré la Carrera del Darro. Miraré los sitios donde te ponías para tocar tu guitarra y sentiré las melodías que interpretabas. Por la plaza del Paseo de los Tristes, te buscaré y por la orilla de las aguas clara del río y luego llegaré al puente del Aljibillo, aquí en el muro y a la sombra del almez, es donde me siento todo las tardes, tú estuviste en este lugar varias veces. Una tarde sentado en el muro comiéndote unos rollitos de jamón con dátiles y luego una manzana. Otra tarde, cruzamos el puente y subimos por la cuesta del Rey Chico. Llevabas tu guitarra y al llegar a la torre que en la muralla de la Alhambra abre sus puertas para dar paso a los jardines del Generalife, nos paramos. En el pequeño asiento portátil, te sentaste y con gran emoción, te pusiste a tocar la guitarra. Hermosas piezas de autores famosos. Tárrega, Albéniz, Juan Sebastián Bach. Tú tocas con soltura la guitarra clásica porque además de poseer cualidades para la música, eres inteligente y en tu alma hay sensibilidad para este arte y para otros.

Me dijiste un día que has estudiado solfeo y que durante mucho tiempo, estuviste tocando en una orquesta en tu ciudad. Guitarra clásica, acordeón de botón y otros instrumentos de cuerda típicos de Rusia. En este rincón de la Alhambra, junto al riachuelo, murallas, Generalife y bajo los álamos, aquella serena tarde, distes un bonito concierto solo para mí. Algo que me emocionó mucho y recuerdo con cariño. Luego lavaste tus manos en las claras aguas de riachuelo amigo de la Alhambra y después nos

fuimos. No fuiste consciente pero aquí dejasteis mucha belleza en forma de música y poesía callada. Yo lo noté en aquel momento y lo palpo ahora.

Por eso te decía y repito que justo aquí, voy a quedarme muchas tardes. Para recordarte y vivir los silencios en este lugar hermoso, ahora con un significado muy especial. Y aquí mismo, en este momentos, voy a poner punto y final. Porque, aunque para contar, hay mucho, soy consciente de que las cosas son importantes para unas personas sí y para otras no. En el fondo, todo es relativo, pasajero como el otoño o la primavera y por eso, intentar retenerlo y pretender vivir siempre ese momento, no es inteligente. Elevar las cosas y trascenderlas espiritualmente, es lo único acertado. Porque sé que los sueños, siempre, siempre aportan más de belleza y valor elevado que la propia realidad"

Estructura del relato y capítulos:

1- ENCUENTRO: La primera tarde
2- DOS DE SUS ÚLTIMOS 10 DÍAS: día 8- Proyecto para ir a la montaña
día 9- Enferma y libro,
3- SUEÑO: día 10- Hospital
día 11- Mensaje por la mañana: "Me siento bien,
día 12- En casa trabajando en cuero
día 13- Encuentro cafetería, corazón rojo
día 14- Último día estudio en su facultad
día 15- Encuentro para la despedida
día 16- Ya no estás en Granada
día 17- Recuerdos por el Darro

4- SU MUERTE: Sobre su cuerpo la llora y recuerda lo vivido

5- EL LIBRO "yo soy la princesa de los zapatillos rojos"

Últimos 10 días

Miércoles día 8 de junio: proyecto de ir a la montaña
Jueves día 9 de junio: Aparecen los primeros síntomas de debilidad.
Viernes día 10 de junio: Mensaje al medio día "No mejoro", taxis a urgencias, exploración médico, farmacia, comida en el Corte Inglés, aplanada en el banco, taxis a su casa.
Sábado día 11 de junio: Mensaje por la mañana: "Me siento bien, solo un poco débil. Dormí toda la noche muy bien. Gracias", y ya todo el día en silencio.
Domingo día 12 de junio: Mensaje por la mañana: "¿como estás? yo ayer estaba todo el día en casa. Salí solo por la noche a las 8 de tocar la guitarra, como has dicho de no salir antes. Mutilium la medicina que me has comprado yo tomo porque además está escrito que ayuda con stress. Respecto a mi estomago, es que todavía no quiero comer, aunque se me siento muy bien´he tomado casí todo Acquario. Hoy como siempre intento estar en casa, estudiando y un poco trabajando con cuero,
por la noche salgo, pero a las 8 así. Mañana nos vemos en café nuestro? solo sí es posible un poco más tarde, así por la mañana me concentro bien estudiando en biblioteca más posible. yo he hecho la cuenta en google a caso sí mañana podemos a 11:30?"
Lunes día 13 de junio: Encuentro cafetería, corazón de cuero rojo, aplicaciones móviles.
Martes día 14 de junio: Último día de estudio en su facultad
Miercoles día 15 de junio: encuentro para la despedida: sus apuntes, té en el parador, cruz de plata, comida para el vieje, zapatillas, abrazo en el autobús y despedida a las siete y media.
Jueves día 16 de junio: Ya no estás en Granada.
Viernes día 17 de junio: Recordándola por la Carrera del Darro.

Día 15
Por entre las hojas secas
del bosque ancho,
palomas, mirlos y gorriones
ardillas y arrendajos,
se pasan las horas muertas
como yo buscando.
Suena tu guitarra,
por el río Darro,
te observa Granada,
la Alhambra en lo alto.

Pasan los turistas

y los pájaros
ni siquiera se asustan.
En tu ausencia mirándolos
me quedo yo y medito:
“Otro regalo
que guardaré en mi alma
para dártelo
el día que allá en el cielo
tenga tu abrazo”.

Día 17- Recuerdos por el Darro

Al pasar ahora por la carrera del carro, especialmente antes de llegar al primer puente y cerca de la iglesia de san Pedro, siempre miraré para la calle donde tocabas tu guitarra. Igual que lo hacía en aquellos días. Cuando me iba acercando a estos rincones, siempre mirada ilusionado con el deseo de ver primera la funda de tu guitarra extendida sobre el pavimento de la calle y después, verte a ti. Era una ilusión ocultar que daba un placer único. Porque si veía la funda de tu guitarra antes de llegar a a la calle, ya mi corazón se ponía alegre. Sabía que ahí estabas tú y esto era gozo a un mayor.

El puente del Aljibillo sobre el rio Darro, al pasar por aquí, me sentaré cada tarde. A la sombra del viejo almez, como tantas veces lo he hecho a lo largo de muchos años. Y es que este puente tanto en verano como en invierno, primavera y otoño, tiene algo especial. A disfrutar del rincón y de las aguas claras que por aquí el rio lleva, acuden muchos jóvenes. Fundamentalmente los que viven en las cuevas de la ladera de San Miguel, barrancos y laderas del Sacromonte y por donde la fuente del Avellano. Ellos vienen con sus perros, guitarras, mochilas y se acomodan por aquí juntos a las aguas.